

Los Libros

ESTUDIOS DE LITERATURA CHILENA, por *Domingo Melfi*.—Nacimiento. Santiago de Chile, 1938.

En este libro de Domingo Melfi que acaba de aparecer, se manifiestan espléndidamente sus condiciones de escritor. Campea Melfi en estos Estudios en terreno propio; dueño de sus dominios, desenvuelve sus atributos de crítico a la manera como él entiende esta preocupación literaria. Su crítica no se fundamenta en el análisis; no desmenuza la obra en los diversos ingredientes que la constituyen, ni busca los antecedentes que la gestaron. Los detalles no le detienen, ni escarba en los errores de expresión en un afán mezquino de poner de relieve los valores negativos de la obra literaria. Tampoco le preocupan mayormente a Melfi los valores puramente estéticos; y aun el estilo mismo sólo le merecen apreciaciones generales en cuanto él es la expresión del alma del autor. No se crea que Melfi no sabe gustar de la frase armoniosamente cincelada, de las bellezas de las palabras selectas y de la variada adjetivación, tanto más cuanto él mismo es un estilista que escribe en una prosa armoniosa y pulimentada. Melfi ha orientado su misión crítica hacia otras finalidades que rebasa lo meramente estético. Por de pronto sólo estudia aquellos escritores en quienes encuentra afinidad espiritual, aquéllos en cuya obra halla un nexo común. Su posición crítica es de simpatía. Juzga al autor enfocado en su época y ambiente y su obra literaria le intere-

sa en cuanto ella tiene contenido social, que extrae y pone de relieve como su mérito trascendente. Acaso a veces sus juicios resultan demasiado generalizados por esta preocupación permanente de enfocar la obra literaria desde un solo ángulo. Pero debemos considerar que la actitud crítica de Melfi es de animador y que sus juicios son de conjunto. De ahí que sus estudios son visiones panorámicas de la literatura chilena. Y como están escritos en un estilo flúido, de elegante sencillez, sus Estudios de Literatura Chilena no sólo han de interesar a los iniciados en esta naturaleza de conocimientos, sino a todos los que deseen informarse de nuestra Literatura. Tiene este libro un carácter docente que no lo rebaja a la categoría de texto de enseñanza.

La posición crítica de Domingo Melfi corresponde al concepto que tiene del arte, especialmente del arte en estas tierras de América. Dista Melfi de subscribir el concepto wildeano de que el arte es completamente inútil y que el artista es sólo un creador de cosas bellas. Al artista, o más propiamente al literato, América le reserva una misión más trascendental. Debe el escritor vibrar con las inquietudes que estremecen las almas, captar el dolor colectivo que padecen las mayorías subyugadas y expresarlo bellamente, no sólo con el fin de suscitar el placer estético, sino de exaltar el dolor nacido de las injusticias. Creemos anacrónico el concepto de que el escritor es un sacerdote que vive aislado del mundo, sordo a las pasiones humanas, preocupado de sus deidades. La vieja «torre de marfil» se derrumba estrepitosamente. El filósofo, novelista, poeta, ensayista, crítico que se siente tocado de una misión superhumana, cae en un egoísmo profundo y en una actitud mezquina y cómoda. El escritor no debe considerarse nada más que como un hombre, con las mismas pasiones que las de todos los hombres, identificándose con ellos, inmerso en el torbellino de la vida, para bucear en ella y darle cabal expresión. El mundo se conmueve agitado por turbulentas pasiones. Y nadie más ca-

pacitado que el escritor para emerger de ellas y lanzar sus verdades elegantemente ataviadas. Por eso a Melfi sólo le atraen los escritores chilenos y americanos que se nutren en nuestra realidad, sienten la vida nacional, ahondan en su idiosincrasia, expresan lo vernacular, lo auténtico, lo castizo.

La novela y el cuento son, en verdad, los géneros literarios que mejor se prestan para esta misión del literato. Tal vez alguien piense que por los conceptos anteriores ha de preconizarse un arte con fines interesados, que la obra literaria debe ser una cátedra, donde se expongan doctrinas. Ello equivaldría en definitiva a desfigurar la obra artística y a convertirla en un simple tratado. Es de la expresión del drama de la vida, aderezado con los ingredientes de la ficción y de la creación artísticas, de donde han de surgir las verdades encubiertas.

Melfi precisa en su libro esta actitud del escritor: acudamos a sus propias palabras: «En una tierra como la nuestra, erizada en el elemento humano por series sucesivas de injusticias, por el aislamiento voluntario de las llamadas clases sociales, corresponde una labor novelesca de ardor y de crítica. No es preciso que esta crítica sea el tema constante, sino simplemente la emanación que surge de una presentación clara y firme de los hombres que viven y han vivido agitados por innumerables pasiones y contradicciones. El arte sutil de lo que escriben para decorar con una lumbre ceñida y fina el ocio de los afortunados puede ser una expresión refinada de creación. Es hasta preciso que ello exista y viva. Pero no es todo el arte, ni es exactamente una expresión integral de la obra artística».

Son los escritores chilenos que han expresado nuestra realidad palpitante los que estudia Domingo Melfi en esta primera serie de sus Ensayos sobre Literatura Chilena. Un solo poeta encontramos estudiado en este volumen: Pezoa Véliz, y no la obra de este autor en sus elementos propiamente poéticos, si-

no en lo que ella tiene de social al cantar a nuestro pueblo. A. Blest Gana, Daniel Riquelme, Federico Gana, Baldomero Lillo, Luis Orrego Luco y otros, que buscaron en nuestra sociabilidad—clase adinerada, media o pueblo—los motivos de sus novelas o cuentos, los juzga revelando el aspecto social que las obras de estos autores contienen implícitamente y la calidad humana que las hacen perdurar más que por sus merecimientos literarios. Para Melfi, es el hombre lo más importante dentro de la obra literaria. Por eso si algún reparo le merece la novela o el cuento de ambiente campesino es el dar demasiada extensión a la parte descriptiva con desmedro de los personajes. Y el arte se realiza en su plenitud cuando está estremecido, como dice Ortega y Gasset, de un nervio transcendental.

Deseamos que Domingo Melfi continúe con esta clase de estudios, a fin de que se sepa que la Literatura Chilena ha madurado y es ella el trasunto artístico de nuestra raza.—
MILTON ROSSEL.



«JOSÉ MARTÍ Y EL DESTINO AMERICANO», por *Raúl Roa*.—Publicaciones de la Revista «Universidad de La Habana», 1938.

El 19 de mayo de 1895 moría José Martí, pero su soplo vital continúa prolongándose y la actualidad de su figura es tan viable como la de Simón Bolívar. Aun más, ha crecido enteramente y podemos hoy día cogerla en la integridad de su contorno y de su contenido, porque resplandece con más fuerza, porque irradia con mayor penetración luminosa su amor aseado y entrañable por la libertad y por los principios democráticos y su repudio profundo e inalterable por los regímenes tiránicos o autocráticos.

Adquiere, pues, la presencia de José Martí, una honorable filiación contemporánea por el renacimiento macizo y robusto de la fe en la democracia como oposición a la teoría de dominio de